

Lo que pasó aquel día en el recreo nunca se pudo explicar. Fue algo increíble, algo sobrenatural...

Aquel día, como siempre, Juan y David -que eran los mejores en el fútbol- elegían los equipos para el partido del recreo. Y, como siempre, Elena se quedaba de las últimas porque nadie la quería en su equipo. Como David elegía el segundo, tuvo que aguantarse y aceptarla en su grupo... Total, era como si no jugara porque nadie le pasaba el balón...

El partido estuvo súper reñido, ese día ambos equipos lo dieron todo. Cuando ya sólo quedaban 3 minutos para que sonase el timbre y volviesen a clase, Diego y Elena fueron a por el balón, que volaba hacia la mitad del campo por un pelotazo de Juan. En el momento en que saltaron y estaban a punto de alcanzar el balón, la vecina de la casa de al lado abrió una ventana, lanzando un destello de luz que cegó a quienes jugaban. Elena y Diego se desequilibraron, se pegaron un cabezazo brutal y cayeron al suelo.

Aquí estuvieron un buen rato, sin moverse. Los niños y niñas del patio, al ver el golpe y la caída, fueron hacia el lugar donde se encontraban. Se colocaron a su alrededor y Bea fue corriendo a avisar a Maite, la tutora de 3º, que vigilaba el patio.

Iria y Zoe trajeron sus botellas de agua para tratar de reanimarles, y poco a poco empezaron a moverse. Elena, ayudada por Clara, logró incorporarse y Diego, tocándose la cabeza por el golpe, también se pudo sentar en el suelo.

Con desorientación, se miraron el cuerpo, luego el uno al otro, se miraron a la cara abriendo los ojos como platos, como si hubiesen visto un fantasma y, de repente, pegaron un grito. En ese momento, sonó el timbre del fin del recreo y, del susto, el resto de compañeros y compañeras también gritaron. Maite llegó y gritó también, intentando calmar a su alumnado. ¡Era una locura!

La profesora trató de hacerse un hueco para llegar hasta Elena y Diego, quienes seguían gritando y mirándose, ya en pie.

- Por favor, por favor, ¡tranquilidad! ¡Calmaos! A ver, ¿qué ha pasado?

Todas y todos empezaron a contarle lo que habían visto, pero la pobre Maite no se enteraba de nada.

- ¡Por favor, por favor! Quiero hablar sólo con Diego y Elena. Venga, el resto a clase.

A regañadientes y entre protestas, se disolvió el jaleo y cada grupo volvió a su clase. Maite llevó a enfermería a los heridos, cuyas caras seguían mostrando una gran impresión. Estaba claro que algo les había pasado más allá del golpe...

En enfermería, Elena y Diego se quedaron a solas mientras Maite hablaba con la directora y llamaba a sus familias.

- Tú, tú... - empezó diciendo Elena - ¡Tú eres yo!
- ¡Y tú estás en mi cuerpo! - siguió Diego.

Iban a gritar de nuevo pero trataron de controlarse porque sabían que nadie les iba a creer.

- Esto es muy fuerte, ¡es muy fuerte! - decía Elena.
- ¡Es terrible, terrible! - decía Diego.

Se miraron al espejo de la pared y se taparon la boca para tratar de evitar otro grito.

Elena en el cuerpo de Diego y Diego en el cuerpo de Elena.

- No puede ser, ¡esto es imposible! - se quejaba Elena.
- Si no quisieras jugar siempre al fútbol, ¡esto no habría pasado! - protestaba Diego.
- ¿Pero qué dices? ¡Te habría pasado con otro niño, seguro! Y además, tengo todo el derecho del mundo a jugar a lo que me dé la gana. Estoy harta de que

no me paséis el balón y de quedarme siempre la última cuando se hacen los equipos. ¡No es justo!

En ese momento entró Maite.

- Diego, por favor, deja de gritar. Estáis todo el tiempo a la gresca.

Diego (en el cuerpo de Elena) protestó:

- ¡Pero si yo no estaba gritando!
- Lo sé, Elena, por eso se lo he dicho a Diego... Tranquilizaos, he llamado a vuestras familias, en seguida vendrán a buscaros. Yo tengo que seguir dando clase, quedaos aquí tranquilamente - y salió apurada.

Diego y Elena se quedaron pensando cómo iban a hacer cuando sus familias les llevaran a casa...

- ¡Mi hermano va a flipar cuando me vea! -se rió Elena.
- ¿Cómo que cuando te vea? ¿No estarás pensando en irte con mi cuerpo a tu casa, verdad? - preguntó Diego.
- ¡Pues claro! ¿Cómo vamos a hacerlo si no? - contestó Elena.
- ¿Acaso piensas que nos van a creer cuando les digamos quiénes somos de verdad? - preguntó nuevamente Diego.

La cara de Elena pasó de la risa a la preocupación.

- ¿Quieres que nos cambiemos de casa?
- ¿Se te ocurre una idea mejor? - preguntó Diego, cruzándose de brazos.- Total, el cambio ya está hecho.
- Vale, lo haremos así... - contestó Elena, poco convencida. - Pero mañana, en el recreo, tendremos que hacer algo para revertir este asunto. ¡No pienso quedarme así para toda mi vida!
- ¿Y tú crees que a mí me encanta? - protestó Diego.

En ese momento, apareció Silvia, la madre de Diego, muy preocupada. Fue directamente hacia Elena (en el cuerpo de su compañero):

- ¡Diego, cariño! ¿Estás bien? - preguntó mirándole la cabeza y buscando alguna herida.
- Eh... Sí, estoy bien... Estoy bien, mamá - trató de disimular Elena bajo la atenta mirada de Diego.
- ¡Madre mía, qué susto! Con esto del fútbol cada día pasa algo, si no es una pelea, es un golpe o una caída... Bueno, vámonos. - y dirigiéndose a quien pensaba que era Elena, se despidió. - Elena, ¿tú estás bien? Tranquila, seguro que pronto vienen a buscarte.
- Sí, no hay problema - contestó Diego con un pellizco en el estómago y tratando de contener las lágrimas, pues lo que más deseaba en ese momento era un abrazo de su madre.

Al cabo de un rato, apareció Miguel, el padre de Elena.

- ¡Cariño! - fue directamente a abrazar a Diego, quien se sorprendió y pegó un respingo.- ¿Estás bien?
- Sí, sí, papá. No ha sido nada.
- Vámonos, que he salido un momento del trabajo pero en seguida tengo que volver. - Miguel cogió las cosas de Elena y salieron- ¿Seguro que no te duele nada?
- No, no, tranquilo.

Aquella tarde fue toda una experiencia...

Silvia y Elena llegaron a la casa de Diego. Elena lo observaba todo con curiosidad, nunca había estado allí. Como había llegado al colegio el curso pasado, no había

estado nunca en los súper cumpleaños que preparaba la familia de Diego en Infantil, en los que se invitaba a toda la clase. Ahora, en Primaria, la cosa era diferente.

- Tengo que seguir trabajando un rato, ¿quieres que te prepare algo de comer?
- le preguntó la madre de Diego.
- No, gracias -contestó Elena - Me voy a mi cuarto...
- Vale, cariño. Entiendo que quieras tumbarte.
- Eh... ¿Dónde está? - preguntó Elena.
- ¿Tu cuarto? - se sorprendió Silvia.
- Je, je... Sí.
- Subiendo las escaleras a la derecha - contestó preocupada Silvia.
- ¡Claro! Ja, ja, ja. Era broma, si ya lo sabía... - respondió Elena y comenzó a subir las escaleras, bajo la atenta mirada de Silvia, quien temía que el golpe le hubiese afectado demasiado.

Una vez en la habitación de Diego, Elena empezó a curiosear sus cosas: los libros de la estantería, la ropa del armario, los juguetes desperdigados por el cuarto, los posters de la pared... Como Diego era hijo único, no tenía que guardar nada para evitar que su hermano pequeño le cogiera sus pertenencias. Además, tenía un montón de cosas del Atleti, su equipo preferido. ¡Elena estaba encantada!

Buscó en el armario la equipación y se la puso sin dudar. ¡Le quedaba fenomenal!

También vio que el resto de su ropa era muy ancha y cómoda, no como la que solían poner para chicas en las tiendas. Elena no entendía por qué había ropa para chicos y ropa para chicas, ¡si a esas edades sus cuerpos eran súper iguales!

También flipó con los juegos de construcciones que encontró debajo de la cama.

¡Diego tenía un maletín enorme con miles de piezas! Con ellas podría construir

cualquier cosa, ¡hasta un avión! No como los que le regalaban a ella, siempre teniendo que construir mansiones rosas o salones de belleza...

Comenzó a sentirse realmente cansada, así que se tumbó en la cama y se quedó dormida.

Despertó cuando ya era de noche, con el ruido de la puerta de la casa. Bajó y vio a Javier, el padre de Diego.

- ¡Campeón! ¿Cómo estás? Me ha contado mamá el golpetazo que te has dado. Eso te pasa por no poner el brazo delante para apoyarte en el otro, como siempre te digo. Si me hicieras más caso... - mientras hablaba, le daba golpecitos en el hombro y al removerle el pelo, le hizo daño en donde se había dado el cabezazo.
- ¡Ay! - se quejó Elena.
- ¿Te duele? Venga, que no es nada. Vamos a ver el partido que empieza en cinco minutos. ¡Aupa Atleti!

Javier se fue al salón y encendió la tele. Elena se sintió muy incómoda. Vio que la mesa del comedor ya estaba puesta para la cena y, el olor que venía de la cocina, hizo que le rugieran las tripas.

- Estarás muerto de hambre... - dijo Silvia entrando con una fuente de pasta.- Javi, vamos a cenar primero.
- Cenad vosotros, yo picaré algo. Diego, come algo y vente, hijo.

Elena se sorprendió porque no le obligaron a poner la mesa, tampoco a quitarla, y pudo ver el partido entero sin que nadie le dijera nada. Aunque, por la noche, en la cama, echaba mucho de menos a su madre, a su padre y hasta al incordio de su hermano... Necesitaba un abrazo...

Diego, por su parte, no llegó a casa de Elena hasta la tarde. Tuvo que acompañar a Miguel a la oficina. Menos mal que, dadas las circunstancias, le dejaron salir antes del trabajo.

- ¡Elena! ¡Pero qué mayor estás! ¡Si ya eres toda una mujercita! - le dijo una compañera del padre - Qué alta y qué guapísima está, Miguel. ¿Te apetece un bollito?
- No le ofrezcas eso que tiene muchas calorías y se pondrá gorda. ¿Ya tienes novio? - le preguntó otra.

Diego trataba de apartarse de ellas y que le dejaran en paz, pero Miguel le dijo:

- Hija, di algo, no seas impertinente.
- No, no, no tengo novio, tengo muchos deberes - respondió, y las compañeras se echaron a reír.

Cuando por fin llegaron a la casa, Sandra, la madre de Elena estaba bañando a su hermano pequeño.

- Elena, ¿estás bien? ¡Ven aquí que te dé un achuchón, mi niña preciosa! Miguel, ponte con la cena que estoy aquí liada, porfa. Elena, cielo, lávate las manos y pon la mesa.

Ante tantas instrucciones, Diego no sabía qué hacer...

- ¡Elena, vamos! Lávate las manos y pon la mesa - insistió Sandra.
- Sí, sí...

Esa noche, ya en la cama con un pijama súper chulo con brilli-brilli (cosa que, secretamente, le encantaba a Diego), pudo disfrutar de que Sandra les leyera un cuento para dormir (lo echaba muchísimo de menos) y de los abrazos amorosos del padre y la madre de Elena. Se sentía muy raro, pero a gusto.

Bajo la almohada de Elena encontró un álbum de cromos de fútbol y vio que le faltaban muchos para completarlo (él lo tenía entero casi desde el principio de la temporada)... Pensó que no había sido justo con su compañera, la verdad es que jugaba bastante bien...

A la mañana siguiente, cuando volvieron a encontrarse en el colegio, pactaron que tratarían de repetir la misma situación para ver si se hacía la magia, o lo que fuera, y así recuperaban sus cuerpos.

Llegó el recreo. Juan y David hicieron los equipos y a Diego (en el cuerpo de Elena) le eligieron el último. Entonces pudo sentir, con mucha tristeza, lo que era que nadie quisiera tenerle en su equipo...

Comenzó el partido. Todos jugaron a tope. Elena y Diego no paraban de mirar el reloj y, cuando quedaban 3 minutos para que sonara el timbre, gritaron a Juan que pegase un pelotazo y elevase el balón a mitad del campo. El resto de compañeros se apartaron, Diego y Elena saltaron a por el balón, la vecina abrió la ventana cegándoles con un rayo de sol y, por el desequilibrio, volvieron a darse un cabezazo brutal, cayendo con estrépito al suelo.

Como era de esperar, los niños y las niñas del patio se acercaron, les trajeron agua, avisaron de nuevo a la profesora... Pero lo que no se esperaban era que, al recuperar la consciencia, Diego y Elena se mirasen, observasen su cuerpo, se volviesen a mirar y levantándose de un brinco, se abrazaran saltando y riendo.

¿Qué había pasado? Efectivamente, habían vuelto a ser Elena y Diego otra vez, de nuevo en sus cuerpos. Sin embargo, algo sí había cambiado en los dos para siempre: ambos se dieron cuenta de lo injusto y triste que es que te traten diferente por ser niño o niña. ¡Eso sí tenían que cambiarlo!